



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: La tristeza en la literatura peruana

Autor: Sánchez, Luis Alberto

Forma sugerida de citar: Sánchez, L. A. (1988). La tristeza en la literatura peruana. *Cuadernos Americanos*, 2(8), 151-159.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año II, núm. 8, (marzo-abril de 1988).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

LA TRISTEZA EN LA LITERATURA PERUANA*

Por *Luis Alberto SÁNCHEZ*
ESCRITOR Y POLÍTICO PERUANO

UN MOTIVO de lealtad para un compañero ausente púsome en el duro trance de aceptar la tarea que vengo a cumplir aquí: la de mantenedor en unos Juegos Florales, en los que si bien falta la gracia de una Reina y su Corte, en cambio, luce la sinceridad de un poeta y el entusiasmo de una generación. No sé hasta qué punto puede ser llamado mantenedor quien sube a un estrado sin protocolo y sin ritual. Mejor será que, simplemente, adopte el gesto y el acento de un comentarista cuya misión concretase a glosar un aspecto de nuestra idiosincracia: el aspecto que más seduce y que menos se comprende, porque es fuerte cosa en verdad adentrarse hasta el ajeno corazón, y mucho más difícil atreverse a quedar solo, sin testigos con la propia conciencia.

Llego en tan peregrina circunstancia para dejar oír mi glosa. Glosa de espíritu escéptico, glosa con sabor a hieles, porque no hay manera de alentar sonrisas, cuando la vida amontona tantos obstáculos en el camino y las palabras en vez de traducir ideas o sentimientos, sirven antes bien de antifaz carnavalesco. Tal vez, por eso cuando me aventuro a leer plantos elegíacos, sospecho que el poeta está alegre; y las palabras festivas más a menudo dicen de un dolor que se disfraza riendo.

Ya se ha dejado oír la voz de un fallo severísimo, del cual sale muy mal librada una generación de liridas. Y está mejor que así sea. En vez del verso acostumbrado, del dolor que encuentra fácil expresión y de la angustia elocuente en vez de todo aquello que trasciende a convencionalismo y a insinceridad, mejor que todo eso está la poesía del nuevo poeta cuya aurora saludo, de este Enrique Peña Barrenechea, sumamente joven aún, y a quien tal vez la fiesta de hoy sirva o de estímulo para seguir escarbando en su sensorio o de definitiva paletada de sepulturero si es que la va-

* Discurso pronunciado como "mantenedor de los Juegos Florales" y publicado en *La Crónica* (Lima), el 1 de octubre de 1924.

nidad siempre en acecho viene a anidar en su corazón y a dictarle las terribles palabras que nos ensalzan como humo de incensario, pero que como el humo, también, se desvanecen demasiado pronto.

Tal el sentido que yo encuentro en esta fiesta. Los Juegos Florales han sido un amable pretexto para pulsar la sensibilidad de una generación. Nada importa que falten las ceremonias habituales y que, ausentes una Reina y su Corte, parezca como que la de hoy no es fiesta digna del nombre con que, a través de los siglos, nos legara Provenza su espíritu sutil.

El hecho es que del concurso ha salido unguido un poeta. Y eso basta. Ello sirve de ocasión para tejer la glosa perennemente actual de "la tristeza en la literatura peruana".

¡La tristeza en la literatura peruana! Hubiera sido más sencillo, tal vez si más conforme con el ánimo del torneo, que yo viniera aquí a tejer un elogio de Clemencia Isaura y una loa de los trovadores. Por desgracia no sé cómo se dicen esas cosas. Ni mi voz ni mi pluma saben de las venias y genuflexiones rituales, y acostumbra al fragor de la prosa combativa, fracasan en cuanto intentan parecer delicadas. Mi voz y mi pluma se han hecho para otros menesteres que éste de venir a verter galanterías y sutilezas sobre un auditorio que está cansado de cosas fútiles y seguramente prefiere la desnuda charla de un observador, pero eso sí, sincera. El tema es, lo repito, "la tristeza en la literatura peruana". Séame permitido tratar sobre él, en honor al poeta recién nacido y a la generación que se levanta.

El exordio acaba en este punto, y empieza el divagar.

A pesar de los síntomas de reacción fáciles de observar entre la juventud, no puede aún ésta librarse de ciertos resabios de viejos moldes arcaicos, de una inexplicable nébula de tristeza en todo aquello que es lirismo y canto, en toda salutación aún en las que acentúan una nota de optimismo y adoptan un tono triunfal. Predican los jóvenes doctrina de esperanza, de erguimiento, de reciedumbre, de valentía, pero el acento de fatigado y las palabras como apesadumbradas por la congoja incomparable de una angustia milenaria.

Yo no entiendo esa paradoja aparente entre la actitud y el acento, entre la palabra y la idea, entre el presente y el futuro; yo no comprendo por qué los mozos para cantar a un amor tienen que poner gesto desconsolado, ni para entonar laudes a la vida hablan de las dubitaciones de la muerte.

Cuando se ve el camino abierto, hay que lanzarse por él. A carrera tendida, sin parar mientes en que, más allá, el sendero se trunca o nos abandonan las fuerzas. De otro modo, o es ficticio

el canto de esperanza o es teatral y absurdo el tono de cansancio en quienes hay derecho a suponer todas las energías.

Y lo cierto es que la tristeza ha sido tomada como un motivo elegante, como una manera de adoptar un gesto *chic* pues hay quienes confunden la languidez con la aristocracia, el lloriqueo con la negligencia, y la elegancia con la mentecatez.

No sabe los tales, que los gestos aprendidos son como los lunares mal pintados, y que la tristeza quejumbrosa no es tal tristeza, sino una lamentación jeremiaca sin médula, sin vigor, sin tono propio, algo amorfo e insípido, incomprensible en un hombre de verdad, inconcebible en un joven que se siente optimista.

De ahí arranca, probablemente, el mal llamado pesimismo romántico de nuestros literatos y ésa es la fuente de tantas lamentaciones como son las que llenan las páginas de nuestra vida intelectual. Políticos, escritores, religiosos, poetas, todos han creído urgente la entonación del yaraví, sin parar mientes en que el yaraví suena bien junto a los Andes que anonadan o en la puna que muerde el alma con su desolación infinita, y no en esta costa briosa y juguetona, junto al mar que gruñe, ríe o canta, pero que nunca llora.

El mar es enemigo de la tristeza. Penetremos un poco más en la formación ideológica y fonética de la palabra misma "tristeza". Y así, crispada como es, erizada de "tt" fuertes y retadoras, de "ss" silbantes y agudas como pitar de locomotoras, de una "r" que es como un redoble de tambor tras de la "t" audaz; así analizada, cuán sencillo resulta comprender que esta tristeza que tan varonilmente suena y tan fuerte se escribe, no es la quejumbra nuestra, el lloriquear incesante que viene goteando sobre nuestros corazones, a través de los siglos, desde que, en la Colonia, empezaron los plantos a la Divinidad hasta que, en la República, comenzamos a llorar las desventuras de Graciela y Elvira, a suspirar por una Jerusalén ignota, a creernos cruzados y trovadores y fingir en nuestra locura inveterada que la guitarra española que empuñábamos entre nuestras manos de criollos jaranistas era el melodioso laúd de los troveros medievales; desventurados frutos de un espejismo cuyo abuelo fue el Quijote, cuyo padre es Tartarín...!

La tristeza no se conoció nunca en nuestra literatura esencialmente limeña. Esa tristeza que trasciende a palabra memchuna, a vocablo varonil, a gesto de hombre, esa tristeza no la conocimos nunca, si no es en la sierra frente a los Andes y sobre la Puna. El mar, por veleidoso, da matices al dolor nuestro, y un dolor que se matiza no es tristeza sino melancolía. La tristeza es algo tan profundo, tan arraigado, tan vasto, tan pudoroso y sonoro, que se

recata de sí misma, se oculta, se disfraz, no se vende en cuadernillos ni echa a los vientos la tremenda confianza que esconde palpitando, temblando.

Los humoristas han sido siempre grandes tristes. Los festivos y satíricos a lo sumo sintieron un día la melancolía que es como nube de verano, al lado de los densos y cargados nubarrones que la tristeza auténtica amontona sobre el espíritu. La tristeza genealogía heráldica; la melancolía es el título nobiliario que se compra a bajo precio. Y nosotros hemos confundido la tristeza con la melancolía, no por falta de avisamiento, sino porque no hemos querido jamás admitir que la sierra es fuerte, que el serrano es macho, que los Andes nos gobiernan y que esta alharaca nuestra chocará en todo orden, en la política y en el arte, con la tozudez hombruna del hombre de las montañas.

En el fondo llegamos a un mismo análisis. la gran cuestión nacional, la de realismo, no es otra cosa que la cuestión de la tristeza y de la melancolía. Simplificando aún más, llegaríamos a decir que el Perú está dividido en dos grandes grupos: los que ríen y los que no ríen. Lima está sonora de risotadas. La sierra cargada de pesadumbres. El día que las provincias aprendan el reír de Lima, habrá desaparecido la crisis del regionalismo. Cuando un pueblo se uniforma en sus manifestaciones espontáneas en la risa, en la serenidad o en el dolor, resulta un pueblo homogéneo, coherente de fibra y garra. Grecia no explica de otro modo su prodigioso desenvolvimiento, y nuestros Incas, y la Francia misma, prueban a través de los años lo que pueden la serenidad, la fe o la gracia, erigidas como norma única de una nación.

Nosotros no hemos comprendido la tristeza, aunque nuestra literatura costeña, que es la más conocida y divulgada, ostenta casi siempre acentos mal tenidos por tristes. Cualquiera de los poetas cumbre de nuestras letras, cualquiera de los Salaverry, Márquez, Amézaga, Rossel, Chocano, no supieron hallar la fórmula cabal de la tristeza, porque no la sintieron. No da mayor tarea detenerse en medio de la calle y, mesándose la melena, prorrum-pir en expresiones de un dolor convencional. La verdadera angustia, como el verdadero amor, callan más de lo que hablan, porque el silencio del cual se nutren está preñado de auroras; porque la expresión traiciona en vez de revelar, porque al medir una pena en la vulgar medida de las frases corrientes, la pena se aplebeya, se rebaja, se pone a tono de las palabras que lo mismo sirven para expresar sinceridad que para fingir retóricas. Y porque no hay calidad de palabras nobles, de frases altas, de vocablos pulquérrimos e impolutos, la tristeza que es alta, noble, pulquérrima

e impoluta no podrá encontrar expresión mejor que el silencio profundo, cuando lo concreta un sentimiento auténtico y una verdad emocional.

Y traigo acá el nombre de un estupendo poeta nuestro, cuya vida discurre azarosamente por París adonde su inquietud enorme lo llevara poco ha: hablo de César A. Vallejo. Este poeta huraño es, quizá, de las pocas excepciones cuanto a la tristeza. Mientras los demás invocan a la luna para decir que están nostálgicos, fingen alamedas solitarias, conventos silenciosos, fuentes cantarinas, hadas irreales, dolores declamadores y propósitos suicidas, mientras toda la bambolla operetesca de los grandes y mentirosos dolores románticos rodean a la mayor parte de los poetas peruanos, cuando tratan de ponerse tristes, este César Vallejo apela a las palabras más triviales, a las que usamos y escuchamos todos los días y, por eso, seguramente, hay quienes lo ven incomprensible y sospechan que la locura ha anidado en su cerebro lúcido.

Y este poeta, como es sincero, no acierta a expresar su tristeza real, su angustia sin dobleces.

Si alguna vez nombra a la luna, es para crearla semejante a su corazón, es como mi corazón gitano que vaga en el azul llorando versos.

Él es quien en un afán panteísta ve que "la calle está ojerosa de puertas" y al ver marchar a un suertero vendiendo la lotería, se pregunta absorto:

—¿Por qué se habrá vestido de suertero la voluntad de Dios?

Reboza de los versos de Vallejo tristeza innegable, algo que se siente palpitar, algo tremendamente doloroso y mortal a pesar de que la expresión es débil y hasta caótica. En la poesía moderna eso tiene un nombre: es la misma escuela que busca la expresión caótica inconexa, cambiante y vaga como es vago, cambiante, inconexo y caótico el sentimiento cuando se presenta en nuestro corazón.

Y sólo así se concibe al hombre triste. Sólo con sinceridad a flor de labios, con sinceridades que responden a una densa inquietud interior, sólo así es posible imaginar digno de elogio a un triste. Tiene tanto de virilidad la tristeza, encierra tanta dignidad y tanto valor, que ella es un tónico irremplazable. Si Helvecio veía en el hastío mismo, en el tedio, un poderoso estimulante para la voluntad; en la tristeza verdadera se esconde un planto desesperado de quienes todo lo tienen, pero lo añoran todo. Ni la melancolía falaz de los declamadores.

Y aquí cabe una observación justísima. Los más quejumbrosos de nuestros poetas y de nuestros políticos han sido y son precisa-

mente aquellos que, por su posición social o económica, se encuentran y se encuentran a salvo de los irresponsables hachazos de la vida. Ellos, los engraidos, los mimados de la fortuna, se quejan más que los que a puño limpio se abren paso.

Ellos, los que ignoran la tragedia desoladora de los desgarramientos espirituales, ellos son quienes blasonan de un dolor que sólo está en sus fantasías demasiado femeninas para comprender la intensidad de la palabra y el sentimiento en cuyo elogio digo este discurso hoy.

En cambio los otros, aquellos que se enfrentan con la vida y luchan y cada día, en cada aurora, ven amontonarse tormentos sobre sus cabezas, y cada crepúsculo les deja la amarga alegría de la batalla vencida, éstos no se quejan tanto, y antes bien, sonríen...

Nuestra historia está llena de sonoros lamentos sin porqué. Éramos el pueblo más risueño, más apegado al jolgorio de jarana, más en consonancia con el acento bélico de nuestro vibrante aguardiente de Pisco. Vivíamos en plena era de anticuchos y chicha de jora, cuando recién conquistada la independencia nuestra femenina volubilidad de costeños se exaltaba forjando cantos entusiasmados a la libertad naciente. Era nuestra Epifanía. Una Epifanía con trasuntos de vivandera criolla, sin preocupaciones hondas si es que se puede llamar siquiera preocupación a la de buscar una Constitución extranjera para copiarla, un código extranjero para aplicárnoslo, una cultura extranjera para apodarlo espíritu nacional. Vivíamos en plena edad tartarinesca. Nuestra infancia, como la de todos los pueblos, señalábase por pasitos trémulos, caídas, titubeos, pero en el balbucear de las primeras palabras carecíamos de acento personal.

Era, no obstante, una edad de alegría. Una alegría con versatilidades de veleta inconciencia de rehilete. Una alegría de prestado, una alegría ajena sin los fecundos hervores de todo pueblo de gestación. Estaba de moda el regocijo, y nos alegramos por parecernos a los demás. Si algo singular queda en la literatura costeña, ello se encuentra en tal etapa.

Mas sobrevino de pronto la moda de las lamentaciones. La fisonomía romántica de Europa obedeció a muchos y poderosos móviles. Europa había sido azotada por un huracán incomparable. Europa acababa de salir de la tempestad napoleónica, del incesante guerrear y remover escombros que había traído la Revolución Francesa, de las convulsiones sociales consiguientes, de la transformación total de su mapa geográfico; Europa estaba sangrando y sin alientos. El romanticismo tenía pues una razón de ser allá. Mejor dicho, la tristeza europea tenía padres conocidos, y no era

la melancolía europea con que los hombres de ideas y de acción del Perú amartillaron los oídos de nuestros pobres bisabuelos.

Los conductores de la cultura peruana, nuestros guías de muchedumbre, columbraron el dolor romántico, se enamoraron del penacho romántico, quedaron cautivados por las melenas y las ojeras románticas y nació entre nosotros un falso dolor romántico sin las germánicas, sin la gracia de Francia, sin la misma exaltación de España; un dolor romántico importado de los grandes bazares de la Alemania ignorada, por intermedio de agencias españolas.

Ésa fue la tristeza de que nos enorgullecemos aún. Ésa fue la tristeza ficticia de nuestros políticos y nuestros intelectuales; tristeza que soñaba en un Perú venturoso, pero lanzaba un ¡ay! lastimero al contemplar el presente.

Y el Perú seguía igual, a pesar de los ayes profundos y de las lamentaciones de tantos Jeremías.

Ésa fue la tristeza de nuestros literatos. Tristeza de puntos suspensivos y signos de admiración, con exclamaciones y muy poco meollo, tristeza de labios para afuera que no correspondía a ninguna realidad interior. Mientras tanto, lo único varonilmente triste permanecía en silencio porque tal es el destino de las cosas auténticas.

Nuestro dolor romántico, nuestra quejumbre debió nacer después. No con Salaverry y con Althaus, sino mucho más tarde. Debió nacer en 1884. Cuando terminaba la más honda tragedia nacional, el espíritu pudo contemplar la deleznable verdad de pueblo millonario, la extinción de la fe, único resorte que nos podía mover. Entonces pudo incubarse esa tristeza de macho, que calla mucho porque piensa más; y que enmudece su pena, pero que sin quererlo él mismo, la deja traslucir en cada palabra, en cada actitud, como el Cristo, de quien cuenta la Escritura que hasta en sus sonrisas iba destilando lágrimas... No surgió tal estirpe de varonil dolor. Nació una quejumbre imposible, un sacar a relucir heroísmos o desventuras, reinó nuevamente la estéril vanidad del vencido que se consuela diciendo que cayó con gloria, y la mujeril lamentación del que no acierta a recapacitar un instante, porque el vaho de las lágrimas le empañan el cerebro como si fuera vaho de alcohol.

No hubo tristeza ni siquiera en tal momento. Como siguió predominando lo ficticio, lo de menor hondura, algunos espíritus pulcros, que sentían realmente la enorme tragedia de nuestro desgarramiento, transformaron su tristeza infinita en insaciable rabia. Los que debieron ser tristes se volvieron fatalmente iracundos. La varonía tiene eso.

Y así fue como aquel gran triste que se llamó Manuel González Prada, aquel que se negó a salir un solo día de su casa mientras duró la ocupación extranjera, mudó su tristeza en la furia combativa que lo caracterizó toda la vida en ese jadeante batallar de su existencia sobre la cual amontonó rencores y venganzas la estolidez de los esclavos. Pero quienes conocimos al apóstol sabemos bien que su corazón vertía sangre...

¿Cuál ha sido el objeto de tanto divagar sobre la tristeza? No lo podría decir yo mismo. Al recibir la designación de mantenedor la acepté con el firme propósito de salir del acostumbrado canon de discursos que giran en torno a Provenza, a Clemencia Isaura y a los trovadores, a la gracia del espíritu, a la delicadeza de los poetas y a la belleza de las mujeres. Mas ¿para qué volver sobre semejantes temas? ¿Quién no sabe que a los poetas los inspira el amor, si hasta los que no lo somos nos sentimos inspirados cuando nos toca su divina mano? ¿A qué la repetida alabanza al espíritu sutil, si quien lo posee sabe de sus exquisiteces y quien no lo conoce jamás podrá aquilatarlo aunque escuche cien voces?

He preferido ocuparme de un tema nuevo cuya finalidad trato ahora de explicarme a mí mismo. ¿Qué persigo con haber dicho el elogio de la tristeza del Perú? ¿No será absurdo formular conclusiones en un discurso, destinado a unos Juegos Florales? Pero, quizás si por lo mismo, porque ésta no es una ceremonia de Juegos Florales en el cual se premia a un lirida mozo, quizás por eso, no esté de más que acentúe la nota central de mi digresión.

Y es hora de poner fin a tanto divagar. La nueva generación como las anteriores, concede demasiado prestigio a la quejumbre y prefiere la prosa lamentosa y el verso doliente como si ellos fueran timbres de una alta aristocracia mental. A veces, desviada por influencias extrañas, se extravía por los vericuetos penumbrosos de un esnobismo niño por lo ingenuo y vacuo. Olvida que para todo, para andar con altivez por el arte y por la vida, hay que escarbar el propio corazón, verter alegrías cuando se está alegre tristezas cuando se es triste, mas no mistificar la sensibilidad hasta el punto de crear artificiales estados de ánimo con el exclusivo objeto de engañar a los demás. Y no siempre aciertan los que así proceden. Cuando el demonio interior que diría Sócrates no los asiste, mal pueden pensar en parecer sinceros. A poco que nos familiaricemos con el arte y con la vida, aprenderemos a distinguir a los versificadores de los poetas, a los hipócritas de los sinceros, vislumbraremos lo que es obra de paciencia de lo que es fruto de inspiración, aquello que surge de la técnica del oficio y eso que brota de la profunda verdad del espíritu.

Nuestra tristeza costeña, el tono de alegría de casi toda nuestra literatura, es un tono sin originalidad y sin belleza. Gesto simiesco, actitud lacayuna sin vislumbres de realidad ni de hondura; bien podríamos arrancar una a una las páginas de nuestra literatura, el día de la recomposición de la Patria. Y entonces más en la raza, cuando mano a mano y corazón a corazón, con el indio, nos apoderemos de su confianza para ganar sensibilidad: entonces sabremos cómo es de pudorosa y austera la tristeza auténtica, cómo se recata y se emboza la angustia que no encuentra traducción en las palabras corrientes de nuestro vocabulario cotidiano y cómo es de falsa y teatral la quejumbre de tantos y tantos hombres que equivocaron su destino y actúan en la vida como pudieran actuar sobre un tinglado.

Y porque encierra esperanza, virilidad y pudor, exaltemos al poeta en el nuevo inspirado que aquí surge. Es una promesa de un futuro admirable por la desnuda y casta emoción que lo anima, porque aún permanece incontaminado de todo medio y de toda fanfarrona presunción; porque en su mocedad palpitante de ilusiones hay un optimismo tan grande y una tan acendrada y profunda verdad, que los resabios amargos desaparecen y la confianza mueve al corazón. Que todo ello sea heraldo de un resurgimiento de sinceridades. Que la juventud recobre su actitud real y que esta fiesta bohemia, estos Juegos Florales sin protocolo, sirvan para exaltar la verdad como suprema virtud juvenil, y alejados de prejuicios y de imitaciones asgamos la alegría cuando la alegría venga, y escondamos la tristeza avaramente porque ella es don de tan subido precio que hasta la palabra la traiciona y el tumulto la mancha.

De tal modo termina el arbitrario discurso de un mantenedor de Juegos Florales sin Reina y sin ritual.